# UN JARDÍN AL NORTE BORIS IZAGUIRRE



# Boris Izaguirre



# Un jardín al norte



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Este libro ha sido negociado a través de Casanovas & Lynch Agencia Literaria, S. L.

Boris Izaguirre, 2014
Editorial Planeta, S. A., 2014
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: noviembre de 2014 Depósito legal: B. 24.482-2014 ISBN: 978-84-08-13563-0 Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L. Impresión: Liberdúplex Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico** 

## ÍNDICE

#### Primera parte LAS APARIENCIAS

1. Abril, 1915	13
2. El telegrama	19
3. Al servicio de	24
4. La cena fría	37
5. Verdades a medias	44
6. La misión	58
7. Karmandia	64
8. La cena con el capitán Hart	73
9. Calcuta de noche	84
10. El primer día de una nueva vida	95
11. El pájaro oscuro	107
12. Patchouli & Cashmere	115
13. De Peter a Pets	126
14. Tres días de fiesta	136
15. El último junio en Calcuta	146
16. Un mundo mejor	157
17. La enfermedad sin nombre	164
18 Levein	184

### Segunda parte DENTRO DEL JARDÍN

19. Bienvenidas y despedidas	19
20. Una pelirroja con coche rojo	20
21. Una fiesta de la alta sociedad	21
22. Conclusiones y recapitulaciones	22
23. La hierba y el asfalto	23
24. El remitente	24
25. El Sáhara y el corazón	24
26. <i>Bye, Bye,</i> Estoril	26
27. La nube que regresa	27
28. Pollo asado con los Morgan-Stanley	28
29. Los jardines del Protectorado	29
30. La espía enamorada	30
31. Foxtrot social	30
32. Palabras en alemán	31
33. Guernica	32
34. La tormenta	34
Tercera parte	
EL ASFALTO	
35. Madrid, 1939	34
36. El otro lado de la guerra	36
37. Escrito en la pared	37
38. La locura y yo	37
39. Fantasmas del pasado	38
40. El pasillo	39
41. Lisboa, 1940	39
42. El Galgo	40
43. Las campanas	41
44. Madison Avenue	42
45. El profesor Beigbeder	43
-	
Nota del autor	45

#### CAPÍTULO 1

#### **ABRIL**, 1915

Es más que probable que el haber nacido en abril de 1915 me haya preparado para vivir en una era de continua inestabilidad. El 15 de abril de 1915 mi país, el Reino Unido, y buena parte del continente europeo se despertaban otro día más sumidos en la Gran Guerra, provocada por el asesinato de un archiduque, la invasión de un país llamado Bélgica y la creación de una Triple Entente, donde la Gran Bretaña era aliada de Francia y Rusia.

Todo eso había empezado meses antes de mi nacimiento. Claramente, no podía entender a qué mundo me incorporaba, ni el día de mi nacimiento ni los siguientes años en que mi primera infancia sucedía al mismo tiempo que una guerra. Pero algunos de mis primeros recuerdos, aun sin tener olor de metralla ni la horripilante visión de seres mutilados, sí tienen sensación de zozobra, palabras que no se escuchan bien o de significados novedosos: racionamiento, patrulla aérea, trincheras. Nombres de países que mis padres pronunciaban con dificultad: el Imperio otomano y sus capitales y países, que terminarían fracturados como naciones o con sus ciudades rebautizadas. Sabores que a ellos les resultaban tan extraños como hilarantes, en algunas ocasiones, o tristes, en casi todas: frutas exóticas con semillas entre la pulpa, por ejemplo, o leches de apariencia fresca y rancio sabor.

La guerra para esa niña pelirroja, de inmensos ojos verdes y labios rosados que era yo, fue una prueba para los sentidos. A los malos sabores y a los pequeños ruidos de frases entrecortadas, sollozos mal disimulados, habría que agregar el tacto de esas lanas duras, como si estuvieran cubiertas de cartón, con las que estaban hechos los jerséis casi sólidos que mamá intentaba deslizar a través de mi pequeñísima figura. Y el olor las mañanas de domingo de los huevos con tocineta en la casa del vicario de la parroquia, mientras muchos de sus feligreses se asomaban a la verja de su jardín para aspirarlo y recordar un sabor cada vez más escaso. O la visión triste de una olla muy descascarillada donde mi padre aplastaba con un tenedor lo que sería mi papilla para después, sin lavar el utensilio, poner a hervir una salchicha y media junto a dos patatas muy sucias para él y mi madre. Desafortunadamente, aun sin poder comprobar que lo recordara de esa infancia, ese triste plato, patata hervida y aplastada y salchichas, me ha acompañado muchas veces a lo largo de mi vida, tanto en tiempos de guerra como de paz.

Mi padre, el coronel Ronald Knowles Fox, se incorporó a la lucha sin necesidad de trasladarse más allá de un Londres sitiado: su habilidad para escribir y redactar telegramas le hizo imprescindible en una remota oficina de comunicaciones del ejército que la fuerza aérea acabó convirtiendo en un centro de operaciones. Mi madre, de quien heredé el nombre, Rosalind, decidió quedarse en Twickenhamshire, al norte de Kent, un perfecto pueblo inglés, tan perfecto, tan idílico, que muchas veces mi madre se refugiaba en la casa del vicario para orar pidiendo que a nuestros soldados la fe los guiara y protegiera. Y que ninguna fuerza del mal perturbara la belleza de nuestro pueblo. En varias de esas noches, mientras mi padre se quedaba a dormir en la ciudad, mi madre no tenía más remedio que llevarme con ella a la casa del señor Rogers. En efecto, rezaban, muy vagamente tengo ese recuerdo, sobre todo porque la comida que servían después sí que puedo recordarla como muchísimo mejor que la de nuestra casa. Era muy niña, demasiado, pero ahora que al fin he podido comprender lo que pasaba en esas noches de oración tengo plena conciencia de que, en el recuerdo, escucho jadeos. Gemidos, suspiros, respiraciones, que como niña era incapaz de asumir, de entender. Es en el recuerdo, repito, cuando los escucho. Y de inmediato aparecen los rostros de mi madre y el señor Rogers, besándose y diciéndose cosas, mi madre deshaciéndose de un abrazo del señor Rogers para venir, siempre jadeante, hacia mí, a ver si dormía. Es imposible que con mi edad de entonces pueda constatar si tenía los ojos abiertos y si mi mirada la castigaba o censuraba con su pura inocencia. Es más posible que las dos estuviéramos envueltas, atrapadas, enredadas en una situación, un amor tan sedicioso y violento como la propia guerra.

En el recuerdo tampoco puedo definir si mi mirada de niña inocente pero alerta la humillaba o la aterraba. O si en mi cabeza existían sensores, neuronas que certificaban que ya a esa tempranísima edad había adquirido y ejecutado el magnífico don de interpretar y fingir que dormía plácidamente cuando ella se acercaba a comprobarlo, antes de retomar su quehacer de gemidos junto al señor Rogers.

Cuando terminó la guerra, el señor Rogers abandonó la vicaría, o seguramente una orden superior lo envió hacia otro pueblo. Mi madre jamás se sobrepuso y nunca encontró cómo disimularlo. Tengo entendido que la memoria empieza a construirse hacia los seis o siete años, sobre todo después de que se aprende a leer, y existe un cierto pozo de reflexión para lo que se experimenta. Pero estoy segura de que haber sido esa rara mezcla de cómplice accesoria y testigo involuntaria del affaire de mi madre con el vicario produjo entre nosotras una mutua falta de confianza, jamás reconocida. Así como de mi padre durante la guerra podría tener el recuerdo de verlo entrar inesperadamente un domingo por la mañana, cargado de cosas absurdas (cometas medio rotas que él mismo reparaba, juguetes que parecían prestados, trajes recosidos), de mi madre solo puedo extraer un gesto de distancia, recelo, casi un

anhelo de que me apartara de ella, desde esas noches «de oración» con el señor Rogers.

La guerra, con o sin recuerdos, destruye muchas cosas. Sin que nadie pudiera evitarlo, me convirtió en un elemento incómodo para mi madre y a mi padre lo transformó en héroe sin realmente serlo. Solo tenía la apariencia de héroe, joven, alto, valiente, optimista. Y mientras mi madre se refugiaba en su silencio y distancia, también mantenía una apariencia de mujer noble, que luchaba contra la soledad, alimentando como podía a su hija, sujetándome de la mano mientras cruzábamos la calle hacia la plaza, la iglesia y la pequeña casa de detrás, donde vivía el señor Rogers. Y yo también mantenía una apariencia. La seguía, sujeta a uno de sus dedos sin de verdad estarlo, esperando su señal para cruzar junto a los otros peatones, como si las dos fuéramos una pareja más de madre e hija. Yno dos mujeres que sabían guardar un secreto debajo de sus apariencias. Dos mujeres que sabían decirse cosas a través del engaño. Mi madre fingiendo llevar adelante a su familia, ocultando que eran sus favores al señor Rogers los que conseguían comida y algo de dinero. Y yo, la hija que todo lo observaba, fingiendo que miraba por la ventana de la casa del señor Rogers hacia el campo cubierto de lluvia, esperando la aparición del arcoíris, cuyo principio o final estaba siempre muy lejos de nosotros.

Rosalind era un nombre típicamente inglés, y más aún de una parte del mundo como Kent, donde hay rosas prácticamente todo el año. Cuando no son flores, somos nosotras, las así llamadas, las que debemos asumir algo intrínseco al nombre y estar siempre frescas, rozagantes. Debo confesar que para mí nunca fue un problema. Cuando volvió la paz y mi padre empezó a ascender primero en el ejército y luego en los departamentos de comunicación de varios ministerios, entendí muy rápidamente que mi aspecto, el tono de mi piel, el brillo de mi pelo, la limpieza de mis manos, oídos y dientes iban a servirme perfectamente para defenderme o bien ante una nueva guerra

o bien ante cualquier alud a punto de caer mientras creemos estar en una colina rodeada de paz y tranquilidad.

¿Cómo es mi aspecto? ¿Es una máscara o una armadura? Precisamente intentando comprender las diferencias entre la máscara y la armadura he pasado más de la mitad de mi vida. He cambiado de culturas. De familias y de países. De creencias y de convicciones. Quizá me haya enamorado siguiendo razones que otros hubieran preferido abandonar, pero es mi aspecto, sinceramente, lo que me ha dado todo. Y también me lo ha quitado. Y, no siempre en perfecto estado de reparación, me lo ha devuelto.

Entonces, ¿cómo es? ¿Agraciado? ¿Seductor? No, no creo que pueda calificarme de seductora, aunque a veces algunos de los que han querido hacerme daño me han descrito, y muy públicamente, como vampiresa. Tampoco creo que sea una gran belleza. Una bonita piel, buena calidad y óptimo color. Vainilla, pero sin ese amarillo que a veces se incrusta en ese color. Los ojos de mi padre, lo he escrito antes, profundamente verdes. Labios de un ingenuo rosa, a lo mejor lo único naturalmente ingenuo de toda mi personalidad. Y magníficos dientes, algo muy raro en una inglesa de mi generación. «Cuando no tengas nada que decir, Rosalind, simplemente sonríe. Nadie en todo el Reino Unido, y seguro que en el continente, tiene tus dientes. Deberíamos hacer una vajilla con su porcelana.» Lo decía mi padre cuando todavía se llamaba Ronald Knowles Fox. Porque luego cambió de nombre, junto a otras cosas. Pero así como yo también cambié mi nombre, también heredé su facilidad para los halagos y las frases adornadas para decir nada.

Estoy convencida de que el aspecto no tiene nada que ver con el físico, ni con los rasgos ni con los elementos que conforman un rostro. El aspecto, que también podemos llamar *apariencia* para no repetir tanto la palabra, es como un privilegio, un don que muy pocos tienen y creo que podría definirlo como algo extra, un instrumento que te permite sobre todo hacerles creer a los demás, a todos los que te miran, que

eres algo distinto, generalmente mejor, de lo que realmente eres.

Existen sutiles diferencias entre el aspecto y la apariencia. Y buscando esos matices, también ha discurrido mi vida. El aspecto puede ser limpio. O sucio. Pero la apariencia puede ser muchas otras cosas más. Tantas que, por ejemplo, una apariencia puede sobreimponerse a un aspecto. ¿Difícil de entender? Sí, es probable. Debí dedicarme a impartir conferencias por todo el mundo determinando dónde termina el aspecto y empieza la apariencia. Habría ganado millones y expuesto mi existencia a menos peligros. Pero, sencillamente, no fue así. Mi aspecto y mi apariencia han sido como manos derecha e izquierda en mi andadura. Como el bien y el mal, llevándome de un sitio a otro. Como la naturaleza y el hombre, creando y deshaciendo a su antojo. Como la lluvia y el sol. O la hierba y el asfalto.

El aspecto es una trampa. O, mejor, una fantasía, pero una fantasía con la que naces y que tienes que aprender a emplear. Con esto claro, mi aspecto es el de una persona muchísimo más privilegiada, afortunada, adinerada de lo que realmente soy y de lo que jamás conseguiré ser. Pero que ha tenido una vida plagada de aventuras. Y eso, la vida, es lo único cierto en todo mi aspecto.